



# 14 años

ADOLESCENCIAS

Reconocimiento  
MARÍA ELENA WALSH

Presidencia  
**SENADO**  
DE LA PROVINCIA DE  
BUENOS AIRES

Dirección de  
**Mujeres, Géneros  
y Diversidades**



Reconocimiento Maria Elena Walsh- Segunda Edición Año 2025  
Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires

**Vicgobernadora y Presidenta del HSBA**  
Verónica Magario

**Jefatura de Gabinete**  
Martín Di Bella

**Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades**

**Equipo de trabajo**  
Maite Sandá  
Gabriela Martínez  
Cira Candia  
Julieta Ingrassia

**Ilustración y diseño**  
Verónica Viva @estudio\_viva

**Jurado**  
Gabriela Díaz  
Carina Cerruti  
Maite Sandá

**Contacto:**  
direccionmgyd@gmail.com  
+54 9 2213 55-9082  
generos.senado-ba.gov.ar  
Instagram @senadogeneros

2026, Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires  
Todos los derechos sobre estas obras fueron cedidos para la presente edición

Licencia Creative Commons

Reconocimiento  
MARIA ELENA WALSH

Adolescencias

## Los dos ayudantes

*Márgara Averbach*



## Mi amigo monstruo

(otra historia real)\*

*Nelson Martín Pérez*



## La hora ausente

*Horacio Martín Rodio*

## **Presentación**

En el año 2020 la Vicegobernadora Verónica Magario, en su carácter de Presidenta del Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires decidió crear la Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades, un nuevo ámbito legislativo desde el cual transversalizar la perspectiva de género hacia adentro del Senado bonaerense, y desde el cual también impulsar acciones que promuevan la igualdad en las comunidades de los 135 municipios.

Es por ello que desde esta Dirección realizamos en el año 2024 la primera edición del Reconocimiento María Elena Walsh, un concurso literario que además de ser un homenaje a la gran escritora, compositora y cantautora argentina, buscó encontrar a los autores y las autoras bonaerenses con ganas de escribir, con las infancias y adolescencias con ganas de leer.

Durante el año 2025 se realizó la segunda edición, se recibieron cuentos de 49 municipios.

El jurado estuvo integrado por Gabriela Díaz (Jurado invitada), Carina Cerruti (Jurado por el Instituto Cultural de la Prov. de Bs. As.) y Maite Sandá (Jurado por el Senado de la Prov. de Bs. As.). Se seleccionaron seis obras: cuatro fueron premiadas y dos obtuvieron menciones especiales.

En la categoría "Infancias" obtuvo el premio con el primer premio el cuento "El coso". de Pablo Miguel Ruocco y el segundo premio "La máquina de hacer cuentos" de Magdalena Díaz Perez. La mención fue para el cuento "La maga de los aritos" de Matías Pi. En la categoría "Adolescencias", los premiados fueron "Los dos ayudantes" de Márgara Averbach con el primer premio y "Mi amigo monstruo (Otra historia real)" de Nelson Martín Perez con el segundo y obtuvo una mención el cuento "La hora ausente" de Horacio Martín Rodio. Agradecemos especialmente al Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires por su aporte en la difusión y en la conformación del jurado.

Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades  
Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires





Primer premio

# Los dos ayudantes

*Márgara Averbach*



*Un ruido en el suelo, suave, decidido.*

Un papel doblado navega sobre el piso de madera vieja, tocándolo como a un instrumento. Oigo la música, me acerco y lo levanto. Sé de quién es porque el papel aterriza a mis pies como si me buscara. Sé que, si abro la puerta, él va a estar ahí, mudo, inmóvil, los ojos húmedos. No me muevo. No quiero que se dé cuenta de que estoy tan cerca. Primero vamos a leer esto.

*Supongo que no debería contarte esto pero... Por ahora, escribo afuera, en la plaza y pienso llevártelo enseguida para no arrepentirme. ¿La verdad, A? Fueron los celos. Esa es la definición justa. Fue que me parecía que los aplausos eran todos para vos. Que te parabas siempre un paso más delante de lo que habíamos decidido en los ensayos. Eso me lo tenés que reconocer: los ensayos no servían para nada. Después, vos hacías otra cosa. Y sí, sí, vos sabés, a mí eso me daba mucha rabia. Seguramente te grité demasiado. Me perdono eso pero no que nunca te felicité cuando lo hacías bien. Así que entiendo por qué te fuiste.*

*Ser mago me gusta desde que cumplí los diez, cuando el tío me regaló el juego de cartas y los pañuelos. Te lo conté. Ahora diría que por ahí es desde antes; que, por ahí, el tío eligió ese regalo porque se dio cuenta de que me gustaba antes que yo. Y soy bueno. Pero no como vos. Y, desde que te fuiste, no puedo ni con los trucos que hago solo. La planta que florece en un segundo, por ejemplo, nunca me había fallado antes. Ahora parezco un payaso cuando lo intento. Y pensar que, por un tiempo, yo lo dejaba para el gran final, para el último aplauso...*

*Creo que últimamente, el público me perdona un poco..., tal vez porque soy..., no, porque parezco un chico. “Veinte años: pura magia”. ¿Te acordás? Cuando empezamos, pintábamos la frase sobre una tela y en ese momento era “Diecisiete años: pura magia”. Pero yo me siento más joven, más inseguro ahora.*

“A los bifés”, como me decías. Vos siempre fuiste directa. No sé si te acordás pero eso fue lo primero que me dijiste cuando te pedí que fueras mi ayudante y te dejaras serruchar para el cumpleaños de tu hermanito. Me gustabas. Supongo que, por eso, dije que sí enseguida cuando me pediste que te enseñara magia. Pero apenas soltaste ese “A los bifés”, te empecé a retar. Ni se te ocurra hablar así delante del público, dije. No es excusa, pero yo siempre fui serio. No me parecía bien mezclar la magia con la risa. Para mí, la magia era sagrada. Vos lo veías de otra forma.

Hasta que me tropecé con el perro anduve muy mal sin vos. Y es de él que quiero hablarte en realidad: de B, mi segundo ayudante. Sí, ya sé lo que estás pensando. ¿Yo, con un perro en el departamentito? ¿Yo, que siempre sigo las reglas? Te lo cuento y eso que sé que te va a dar rabia: vos siempre quisiste un perro y siempre te reíste de las reglas. “Te parecés a mi mamá”, me decías. “Pura obediencia”. Y lo decías porque, a mí, me hacía gracia y apenas lo decías, nos reíamos juntos.

Tiene razón. Me da rabia eso. Yo veía uno perdido en la calle y le pedía que me lo cuidara hasta que pudiera convencer a mis viejos. Él tenía departamento propio. No, me decía, está prohibido. Y ahí empezaba la pelea.

Me lo encontré porque paso todos los días frente al correo, el grande, el de las escalinatas de piedra. El bicho dormía sobre un escalón, con dos patas colgadas en el aire. No sé si me creés pero, a mí, me gustan los perros. Lo que no me gusta es esconderme. Estar en falta.

El perro no parecía gran cosa: marroncito claro; mediano; las orejas cortas, caídas; de esos que hay en todas partes. Tenés razón: te agachaste mil veces a hablar con los perros y yo siempre te tiré del brazo para que pararas. A mí, me hacía mal que, después, el perro nos siguiera moviendo la cola porque no podíamos llevarlo con

*nosotros. Tus viejos no quieren animales..., y yo no quería una discusión a muerte con los del departamento. Vos hablabas de esconderlo. No nos entendíamos, A. Vos fuiste mi primera ayudante y no protestabas por ese nombre. A. Ahora pienso que nunca te pregunté si te molestaba.*

*Ayer, me dijeron que das clases de magia. Raro. ¿Conseguís alumnos? Las mujeres no enseñan magia. No son magas. Son ayudantes ¿Y qué te dicen tus viejos? Pero es una pregunta tonta: a vos, nadie te para; ellos lo saben. Ya se resignaron a que trabajas conmigo. Te digo: a mí, me gustaría ir a tus clases.*

*Yo no soy un mago solitario. Ahora que no te tengo y tampoco tengo al perro, volví a la estación de servicio. Tal vez fueron los ayudantes los que me hicieron mago. Vos. El perro. Por ahí, nunca pude solo.*

*Y, a ustedes, no los manejé bien.*

*“Manejé”. Ahí voy de nuevo. Perdón. A mí, esas cosas se me escapan todo el tiempo.*

*“Manejar”. ¿Ves las cosas que dice? Yo me fui por eso. Eso quería él: ayudantes a los que pudiera “manejar”. A mí, me elegía el vestido, me peinaba, me hacía ensayar los gestos que tenía que hacer durante la función. Muy al principio, le hice caso porque le tenía miedo, creo. Y al mismo tiempo, me hacía bien que me prestaran toda esa atención. Después, me cansé y dejé de hacerle caso. En los ensayos, seguía las indicaciones al pie de la letra; en el escenario, lo cambiaba todo. Sonreía en lugar de fingir terror, tropezaba a propósito, cosas así. Me hacía bien. Y lo mejor era que el público estaba conmigo. Yo veía las sonrisas, los ojos atentos, las manos listas para aplaudir. Eso me encantaba.*

*¿Por qué entraste tan a destiempo?, me preguntaba él. Y yo decía: A destiempo, no, a mi tiempo. Él no se podía quejar: nunca le arruiné un truco, eso no. La magia es sagrada. No arruiné nada ni esa vez que sacudí*

el pie de la caja del serrucho cuando se suponía que ya estaba muerta. Al contrario, tuve un éxito instantáneo. Se rieron a carcajadas. Y como él no dijo nada cuando terminamos, hablé yo. ¿Viste cómo se rieron?, le pregunté. Él cambió de tema sin mirarme. No me contestó. A mí, me gustó dejarlo sin palabras.

*Ahora no soy así, A. Estoy cambiando, te lo juro.*

*Pero esta carta es para contarte lo del perro. Ese día, me quedé ahí, frente a la escalinata, mirándolo. El perro se dio cuenta, levantó una oreja y abrió un ojo. Y yo me acordé de nuestras discusiones. Y entonces, rompí mis propias reglas: le hablé. No tengo ni idea de lo que le dije, pero al perro le gustó. No sé qué le gusto: ¿el tono, las palabras, el miedo que vio que yo sentía, la soledad? No lo sé, la cuestión es que se despegó del espacio, levantó la cabeza y movió la cola. Hasta ahí, nada raro. Todos los perros lo hacen. Pero hubo más. De pronto, te lo juro, hizo una especie de vuelta carnero en el aire. Mágico: pasó de estar acostado a esa acrobacia complicada. Yo miré alrededor para ver si otros lo habían visto, pero los que caminaban por ahí tenían los ojos en el teléfono. Él me miró, movió la cola otra vez y, entonces, se me ocurrió la idea de hacer algo con él en el espectáculo.*

*Por eso, me lo traje a casa y le puse B. B, el segundo ayudante. (No te ofendas, A, creo que se me ocurrió porque te extraño). No me costó meterlo en el edificio: lo dejé sentado en la vereda mientras yo revisaba que no hubiera nadie en el pasillo. Total, el departamento es en Planta Baja y nunca hubo portero.*

*Creo que, igual, sabía que la cosa no iba a durar mucho: soy muy malo para guardar secretos. (“¡Soy muy malo para guardar secretos!”), uf, las cosas que digo... ¿Un mago que no es bueno para los secretos? Jaaa).*

*Y ahora viene lo increíble, A. Pensé en comprarme un libro que me explicara como entrenar a un perro pero, al final, no me hizo falta. El perro entendía todo. Era un*



genio. El único problema que tuve con él era el mismo que tenía con vos. Entendía pero hacía solamente lo que él quería. Igual que vos. A mí, lo que más me molestaba cuando cambiabas el acto era que, muchas veces, lo que hacías era mejor que lo que habíamos ensayado. Así que me dabas miedo. Esperaba tus cambios con los pelos de punta. Los odiaba. Los sufría. Los admiraba. Con B, fue igual.

*Así que supongo que el problema soy yo.*

Hay cosas que no entiende, pero la verdad es que estoy conmovida. ¿Vos? Me conmueve el odio que le producían las sorpresas. Y lo disimulaba lo más que podía. Seguramente le cuesta muchísimo contarle por escrito... Es una carta valiente. No podemos negarlo.

Lo primero que le vi fue ese salto en las escalinatas. Y ese primer día, no me mostró todo. Hacía lo que hacemos los magos: mostraba solamente lo imprescindible y no empezaba por el mejor truco. Sabía que lo mejor se deja para el final, siempre.

Me mostró más cuando cerré la puerta del departamento. Por ahí, lo hizo para agradecerme. Sé que me voy a acordar siempre de ese momento, como me acuerdo del día que entré a tu casa para arreglar el espectáculo en el cumple de tu hermanito; el día que te vi por primera vez. Fuiste vos la que me pediste que te mostrara algo. Tu mamá no iba a pedirme nada. A ella, le caí bien de entrada; a vos, no. Estoy seguro de que te parecí un chanta, un estafador. Ahí estabas, las manos en la cintura, el mentón arriba. Creo que me empeciné en conseguir el trabajo por esa pose tuya. Por el desafío. Hice el truco de la carta rota y te pedí a vos que la eligieras. Ya en ese momento, fuiste mi primera ayudante. Y eras perfecta siempre, hasta cuando no me hacías caso.

Entré a escondidas con B en el departamento. El sol entraba apenas por la ventanita de la cocina. Me senté en la silla blanca y lo miré. En ese momento, lo único que quería era conocerlo; que él me conociera a mí. El perro me miró, saltó y se acomodó sobre

*el silloncito que traje de la calle, el verde. Tenía las orejas atentas. Así era B: puro espectáculo. Ya se había inventado un teatro: yo era el público, la silla era la platea y el sillón, su escenario. Eso lo digo ahora pero no me di cuenta enseguida: supuse que buscaba un lugar cómodo para dormir. Me acordé de cuando vos te sentabas ahí; las piernas, cruzadas como si estuvieras en el suelo; las manos, sobre las rodillas.*

*Pero el perro no quería dormir (para eso, le gustaba la cocina). El sillón era para mostrarme lo que hacía. Y al principio, eso que hacía era casi imperceptible. Exactamente igual que el truco en que vos levitabas. No me olvido: lo de hacerlo despacio un momento, eso de levantarte apenas de la mesa fue idea tuya. Ahí me enseñaste que, a la magia, hay que arrimarse despacio para que el camino hasta el estallido de asombro sea lo más largo posible.*

De eso, me acuerdo. Me gustaba flotar en el aire. Y lo digo en las clases: la magia tiene que convencer muy despacio al comienzo y golpear solo al final. En realidad, me lo enseñó él cuando me dijo que la magia era una charla con el público. Cierto, pero él tenía un problema: nunca supo charlar. Creo que, para él, el poder, el asombro, la alegría, están solamente en su propia capacidad, en su velocidad con las manos.

Ahí también somos el agua y el aceite. Yo siempre pienso en los que me miran: por eso, hacía chistes y guiñaba el ojo y movía el pie. Y eso a él lo ponía furioso. Nunca lo entendió. Para él, el público era siempre el mismo. A vos y a mí, la palabra “público” no nos sirve. ¿“Público”? ¿En serio? ¿En singular? No y no. Hay públicos y públicos. No es lo mismo un cumpleaños de doce años que una fiesta de fin de año en una empresa o lo que hicimos en la panadería cuando fuimos de sorpresa por el nacimiento de la tercera nieta de la dueña.

*El perro subió en el aire, A. Te lo juro. Subió sentado, despacio, mostrándose, como vos querías. Y yo no sé cómo lo hace. Tal vez, como decís vos, no lo sé porque nunca entendí la magia de los demás. Porque nunca me interesó. Y ese perro es mago.*

*¿Qué debería haber hecho, A? ¿Guardármelo en el departamento? ¿No dejarlo salir? Tal vez, tal vez. Pero, en ese momento, no tuve dudas: le dije que iba a ser mi ayudante y empecé a llamarlo B. O sea: el mismo error que con vos. Porque, igual que vos, él se convirtió en el mago principal. Tuve que seguirlo, como a vos cuando cambiabas las cosas. Se supone que lo inesperado es para el público, no para el mago. Se supone que el mago sigue una “rutina”. Yo quería eso. Pero, ahora creo que tal vez siempre fui parte del público. ¿Era para eso que cambiabas lo que hacíamos en los ensayos? Y yo, que primero pensé que lo hacías por torpeza. Pero no, era estrategia. Cuando subíamos al escenario, yo estaba siempre en tensión, todo me parecía una trampa. Temblaba. Ahora te entiendo, A. No lo hacías por torpeza. Ni para hacerme sombra. Lo hacías porque veías al público.*

*Con B, fue parecido. Vos trataste de decírmelo y no te escuché. Soy lento para ciertas cosas. Por ahí, se me ocurre, lo que me gusta de la magia no es la habilidad, es el control.*

*Te miro. Ojalá supieras cómo decirme qué pensás.*

*¿La verdad? Yo ya no sé si quiero seguir leyendo. Quiero enojarme y la carta me afloja el enojo, me lo lava un poco. Y te cuento algo: es la primera vez que me escribe pero hace días que me sigue por la calle. Lo vi varias veces.*

*No, no me dio miedo. Un poquito de pena, tal vez...*

*Cuando empecé con el perro, me di cuenta: ya no era mago. Me convertí en ayudante. Por ahí ya lo era con vos... Cuando actuábamos, yo le hacía de telonero. De traductor. De máscara. Lo protegía. Nada más. Hicimos diez, quince, espectáculos, supongo.*

Después, se fue. Y yo dejé la magia. Como te dije: solo no puedo.

El espectáculo era así: yo hacía los trucos de siempre primero, los del mago solitario. Cartas, el pañuelo con nudos, la planta. Después, hacía una reverencia y les presentaba al verdadero mago. “¡iCon ustedes, B, el único, el magnífico!!” Todos se reían cuando entraba el perro. Yo temblaba. ¿Y si un día decidía no entrar? ¿Y si un día entraba y se quedaba sentado todo el tiempo? Vos me conocés: yo siempre tengo planes de emergencia. Lo único que se me ocurría con B era convertir todo en un chiste. Una broma. Sí, yo, que siempre te reté por manchar la magia con risas.

Por suerte, no pasó nunca. B hacía lo que quería y lo que más le gustaba era levitar. Así que levitaba, pero no siempre de la misma manera, ah, no, subía de cien formas diferentes.

La primera vez que lo llevé conmigo fue para un cumpleaños. Él se acostó en una silla verde brillante y empezó a flotar exactamente en la posición en que yo lo había visto por primera vez en el correo. Fue como si el escalón siguiera ahí, invisible, una de esas paredes que inventan los mimos en el aire.

Yo fingía, claro. Apenas me di cuenta de lo que hacía en el departamento, practiqué para que pareciera que era yo el que lo levantaba. Sabía que el secreto de B era sagrado. No se lo digas a nadie, A. Yo fingía por él, no por mí. Para que todos creyeran que había un mecanismo, un engranaje, algo que explicaba el vuelo, que lo convertía en truco.

Me fue bien con B. Me llamaban cada vez más. El perro les encantaba. En realidad, lo llamaban a él. Era lo mejor del espectáculo. Si lo hubiera pensado, si te hubiera escrito antes..., quizás, entre los tres... Pero creo que lo traté mejor que a vos. No le gritaba. No lo criticaba. Lo dejaba hacer. Ni siquiera en el departamento.

Pero él veía mis manos nerviosas en los cumpleaños. Me veía correr al baño cuando terminábamos. Notaba los nervios. Dicen que los perros sienten esas cosas. Y hace dos meses, me levanté una mañana y ya no estaba.

Tengo mucho que agradecerle. A veces, se me ocurre que me tuvo lástima: habría

podido abandonarme en medio de una fiesta. Con diez compromisos adelante. Pero no. Cuando se fue, había uno solo y fui solo. No tuve que suspender nada más. Y no volví a aceptar nada.

La última noche que lo vi, volvimos juntos al departamentito después de una fiesta. Nos había ido muy bien. Hasta ese día, cuando yo llegaba solo a casa, dejaba la puerta del lavadero entreabierta para que él entrara más tarde.

Me gustaría que vieras la casita ahora. Hice arreglar el silloncito. Traje una cama de madera clara parecida a la que me mostraste ese día, en el centro, cuando hablábamos de vivir juntos. Y el mes pasado, compré dos espejos para agrandar un poco el espacio (tu idea) y, de paso, mirarnos en los ensayos y pinté las paredes de ese verde clarito que a veces me señalabas por la calle.

Lo único que ensayábamos con el perro era su entrada. Yo hacía mi parte y cuando decía “¡iCon ustedes, B, el único, el magnífico!!”, lo seguía a él. Me acostumbré a no saber qué iba a pasar. Pero, a mí, me mostraba mucho más. Una vez vino caminando por el aire desde la cocina. Por suerte, no lo hizo en las fiestas: yo no habría sabido qué fingir para que eso pareciera un truco de mago de cumpleaños.

La última noche, me senté en una silla de la cocina y él se sentó en el suelo y me miró. Y de pronto, no sé por qué, dije: “¡iCon ustedes, B, el único, el magnífico!” y él levitó sentado, mirándome, como si me desafiara. Yo podría haber hecho tantas cosas después: abrazarlo, darle las gracias, sonreír, pero lo único que sentía ese día era furia, como esa vez que le guiñaste el ojo al público mientras yo te serruchaba. Él esperó un rato y después, trotó por el aire hacia la puerta de la cocina. Cuando llegó al umbral, se dio vuelta y me miró. Supongo que lo vio todo: mi admiración, mi amargura, mi odio.

Y se decidió. No parecía una pelea pero creo que fue la peor que tuvimos. Él dobló por el pasillito hacia la cocina y no lo vi más. Yo hice una reverencia al público imaginario y, en lugar de seguirlo, de llamarlo, me dejé caer sobre la silla, apoyé la frente sobre la mesa y cerré los puños. No entendí lo que acababa de pasarme. Me quedé dormido. Y

*cuando desperté a medianoche, B no había vuelto. Dos semanas después, dejé de pegar carteles buscándolo. Dejé de repartir tarjetitas en la calle y de ofrecer mis servicios por las redes. Abandoné la magia.*

*Ah, las tarjetas, A. Sueño mucho con ellas. Sí, ésas, las que me regalaste vos cuando empezamos a trabajar juntos: con forma de galera negra y la palabra MAGIA, que sale de ahí dentro como un conejo blanco. Después del último cumpleaños, me guardé dos y abandoné las otras en un tacho de basura. En ese último cumpleaños, tuve que usar mi plan B: hice de payaso. Por suerte, se rieron. Y fue eso lo que me decidió. Y cuando tiré las tarjetas..., bueno, la rabia se me resbaló entre los dedos y lo único que me quedó fue la tristeza.*

*La nena de ese cumpleaños te habría encantado, A. Morocha, de carita redonda y ojos oscuros como los tuyos. Me había visto en otra casa. “¿Dónde está tu ayudante?”, me dijo. A mí se me nublaron los ojos. No le pregunté si hablaba del perro o de la chica.*

*Te leo en voz alta hasta ahí. Te busco con la mirada. Sí, tenés razón, en la pregunta filosa de la nena, está la historia entera de las dos magias: la de él y la nuestra. Está en el público, por supuesto, porque es ahí donde están siempre las historias. Podríamos dejarlo acá, supongo, pero te sigo leyendo.*

*La estación de servicio es aburrida pero yo aprendí a contarme cosas para pasar el tiempo. Por ejemplo, me acuerdo de los principios. El día en que me pediste la demostración. O cuando charlamos bajo el ceibo de la plaza, y de pronto, no sé cómo, nos estábamos besando. O cuando me animé a contarte las borracheras de papá y vos me llamaste “valiente”. Desde que se fue el perro, hago mil veces lo mismo. Me repito. Voy a la escalinata del Correo a buscarlo. Y cada vez que voy, es como si caminara en dos días diferentes: en uno, el perro duerme en el escalón y yo me acerco y le hablo por*

*primera vez; en el otro, el escalón está vacío y el viento levanta el polvo de la sequía.*

*A veces, voy hasta tu casa. Te veo salir por la puerta y doblar hacia la avenida. Y ahí también estoy en dos tiempos: ahora y antes. Vine muchas veces con B. Me sentaba con él en la vereda y le hablaba de vos. Le mostré tu puerta. Pensé en tocar el timbre, entrar con él y contarte. Ojalá lo hubiera hecho. Desde que B se fue, soy como él: floto en el aire. Vivo en un tiempo casi sólido, una pared transparente como la de la lagunita de la fábrica abandonada antes de que tiráramos las piedras. Me acuerdo de que, cuando íbamos, nos peleábamos por tirar la primera, la que rompe el espejo. Después, nos turnábamos: uno de los dos rompía el agua, esperábamos a que el mundo volviera a formarse en el charco, y entonces tiraba el otro. Y veíamos dos veces la belleza del círculo cada vez más abierto sobre las nubes dibujadas en el agua.*

*A eso, quiero volver. Antes firmaba como “El mago”. Ahora, no sé firmar. Estoy en el aire. Si volvemos a trabajar juntos, podríamos hacerlo al revés. Yo levito y espero ahí arriba a que vos me bajés mientras cruzo los dedos para que no me sueltes antes de tiempo.*

Silencio. Las palabras flotan en el aire cuando dejo de leer. No vale la pena, B. Ahora que sé tu nombre, se me ocurre que tal vez todo lo que pasó antes fue para que vos y yo nos encontráramos. Apoyo la carta sobre la mesa, levanto la mano, la dejo en el aire un poco más arriba de tu cabeza de orejas caídas y espero. Y ahí estás. Gracias, B. Nada me dice más sobre él y yo que ese gesto tuyo cuando subís al encuentro de mis dedos, que tu alejarte del suelo para alcanzarme

*Ayer, me dijeron que das clases de magia. Raro. ¿Conseguís alumnos? Las mujeres no enseñan magia. No son magas. Son ayudantes*

Soy Márgara Averbach. Estudié Letras y Traducción literaria en la UBA y el IES Lenguas Vivas J. R. Fernández y me quedé muchos años a dar clase. Escribo para chicos, jóvenes y adultos; traduzco literatura y comento libros para los diarios. Mi marido y yo tenemos tres hijos y dos nietos. Yo inventé cuentos para los cinco.

Este nació para un libro de escritura conjunta que íbamos a hacer con mi amiga Liliana Bodoc. No sabíamos cómo hasta que decidimos elegir seis fotos más (yo amo esa forma de parar el tiempo) y pensar las dos un cuento por cada una. Yo escribí los míos enseguida; ella no tuvo tiempo. La foto de “Los dos ayudantes” mostraba un perro acostado en las escalinatas antiguas cerca de la Tajamar, en Alta Gracia. El perro me conmovió; por eso me lo llevé en una imagen. Entendí la historia en el primer borrador pero tardé semanas en terminarla. Probé contarla desde los ojos de la ayudante; el perro; el mago. Aclaro que yo nunca podría hacer ese tipo de magia: soy muy torpe y, además, no quiero saber cómo se hace. Yo escribo fantasía: veo magia en todas partes.







Segundo premio

# Mi amigo monstruo

*(Otra historia real)\**

*Nelson Martín Pérez*



Roberto siempre tuvo bien en claro su singularidad, y a pesar de lo difícil que le resultaba sobrellevar la diferencia, tenía un orgullo (y una firmeza) al respecto que resulta emocionante y sin dudas inspirador. Contra vientos y mareas insospechadas, Roberto parecía recortarse en una realidad paralela, edificada solo por él y sostenida sin vacilaciones; incluso construyendo su fortaleza en una soledad que resulta inconmensurablemente mayor que cualquiera que yo haya conocido. Todo esto, que provoca mi más sentida reverencia, con una alegría y candidez que mereció un mejor lugar para nacer que ese maldito e injusto mundo que en cambio le tocó.

Cuando conocí a Roberto Willis Billar tenía yo seis o siete años, y la posibilidad poco común para casi cualquier niño de esa edad de andar solo por las calles (exceptuando a la pandilla de mi barrio, que a su vez se juntaba con otras pandillas de otros barrios, y entonces sí se tornaba usual que varios niños vagaran por las calles y plazas), donde confluían los cruces que iban descorriendo los velos del mundo real, el que muchas veces contrastaba con la bajada de línea sobre las cosas que imponían nuestros adultos domésticos; y donde se decía y se descubría más que en casa, claro. En ese mundo apareció Roberto. Roberto era conocido en el mundo de los adultos, que habían dictaminado que era un monstruo. Eso le valía constantes rechazos, sobre todo de su propia familia, que se caía a pedazos a causa de las extravagancias inconciliables de sus integrantes (nunca supe cuántos hermanos tenía, pero sí que uno escapaba constantemente de sus internaciones psiquiátricas, otro estaba preso quién sabe porqué y otro había desaparecido misteriosamente y sin dejar rastros, y nadie lo mencionaba en voz alta), que nunca sospecharon de su propia monstruosidad y en cambio no toleraban la de Roberto.

Le dispensaban un maltrato brutal, sometiéndolo a tremendos castigos psicológicos y físicos. Se burlaban y le endilgaban todas sus desgracias. De esta manera, no fue sorprendente que Roberto escape de su casa, aunque no fuese muy lejos, y se transforme, a sus trece o catorce años, en un paria de nuestro pueblo, ese ignoto lugar rural que no llegaba a los diez mil habitantes; sufriendo y viendo cómo no solo su familia daba vuelta la cara cuando lo veían por ahí, sino también cómo todo el mundo parecía querer su desaparición, aunque como esto no sucedía se les daba rienda suelta a los maliciosos comentarios, a la indignación programada, al rechazo sin disimulo hacia el monstruo. Todo esto, como no es difícil imaginar, le resultaba muy doloroso a Roberto, quien sin duda poseía mucha más humanidad y consideración que aquellos que le propinaban a diario las agresiones más expresivas: insultos, corridas, provocaciones abiertas y festejadas, y en más de una ocasión también golpes, de los cuales el pobre Roberto se intentaba defender, lo que daba como resultado un linchamiento en banda, con la excusa espuria de frenar al monstruo agresivo.

Así fueron las tristes circunstancias en que nos encontramos con Roberto. Pero más allá de cierta simpatía inicial que nos profesamos, y de mi admiración por cómo sobrellevaba su condición de monstruo, fue un poco más tarde que tuvimos la oportunidad de convertirnos en amigos, cuando en un acto de generosidad que quedó grabado en mi espíritu de niño, mi familia brindó a Roberto la posibilidad de vivir en nuestra casa. Mi familia, también con sus prejuicios y limitaciones a cuestas, a pesar de todo, decidió asilar al monstruo, tal vez movidos por alguna dosis de lástima y, por qué no, cierto gramaje de empatía. Claro que esos

prejuicios y limitaciones no tardarían en acudir a la situación, pero antes de que eso pase hubo tiempo para que nuestros días compartidos con Roberto se transformaran en un acontecimiento emergente insuperable en esas tardes eternas de la infancia. Tal vez no me equivoque si digo que la primera amistad que comprometió mis valores más íntimos fue la de Roberto Willis Billar, con su invaluable dosis de sufrimiento y coraje, de que esté en juego a diario la defensa de un amigo. En contextos y edades en donde la mayoría de los maliciosos y miserables infantes que nos rodeaban se ocupaban, más bien, de tramar alianzas y fechorías contra los más débiles, los distintos, buscando algo que les hiciera las tardes más sustanciosas en sus demandas de crueldad; con la complicidad jocosa y falta de atención de la cría en quienes los traían a este mundo, a este nutrido y variopinto barrio en donde esos borreguitos se trenzaban con el libertinaje y daban rienda suelta a su tilinguería sin ningún control. Con ese panorama esperándonos afuera, no obstante, salíamos todas las tardes a recorrer las calles que nos llevaban hasta la plaza, donde solo podíamos permanecer siempre y cuando no apareciera alguna de estas bandurrias de indeseables a molestarnos; en rigor, a molestar a Roberto. Si bien defendía con firmeza su derecho a permanecer donde se le antojara, como cualquiera que no jode a nadie, lo cierto es que después de defenderse con un par de puñetazos muy convincentes, que generalmente dejaban sin mucho coraje y frustración a los abusones, se tornaba imposible repeler la venganza inminente de estos. A veces volvían con refuerzos de matones más grandulones, cuando no de adultos que se apersonaban a darle una lección al monstruo que molestaba a los pobres niños sanos. A pretender enderezar al monstruo a los golpes, como Dios manda. En esos momentos aprendí a sentir como propias cualquier vejación e injusticia. Que le pase

a un amigo es como si te pasara a vos. En tales ocasiones volvíamos para nuestra casa, bordeando alguna cuneta apartada mientras imaginábamos una buena venganza futura, y consensuábamos discreción sobre nuestros planes de emancipación (mejor dicho: los planes de Roberto, que planeaba fugas complejas, identidades nuevas, represalias para unos cuantos que lo habían humillado, y más). Discreción que, lo supe después, le convenía más a Roberto que a mí, ya que casi cualquier actividad que este realizara resultaba sospechosa y el resultado podía ser una nueva golpiza, que como ya era casi un lugar común, se justificaba en el enderezamiento de la oveja descarriada. De haber resultado cierta y efectiva esa terapia, Roberto hubiera tenido la rectitud de un santurrón bíblico, tal la insistencia de tanto samaritano que le prestó ese servicio.

A todo esto, ya va siendo momento de que nos detengamos un poco en el lado monstruoso de Roberto Willis Billar, ese que lo hacía destinatario de tanto escarnio, de tanto rechazo, de tanta burla. Y para eso debo retomar aquel gesto mencionado de mi familia al asilarlo. Y detenerme también en esos prejuicios y limitaciones a los que aludí. Porque mi familia no asiló a Roberto. O sí, pero con una mirada un poco distinta sobre el asunto, ya que ellos no recibieron a Roberto, sino a Adela, mejor dicho, a La Gorda Adela.

La Gorda Adela era un pichón de Roberto desde la cuna, o eso creo haber llegado a entender. Por esos días en que llegó a nuestra casa, su insistencia acerca de eso la había llevado a una situación casi sin retorno. Escapada de su casa, o más correcto es decir que fue Roberto quien escapó, se encontró en una situación de extrema vulnerabilidad, como es

de imaginarse si pensamos en una persona de tan corta edad arrojada a su suerte en la calle, donde además resulta objeto de burlas y rechazo; en donde no se entiende ni por asomo de qué se trata una vida tan sensiblemente singular y el exotismo no resulta por contexto y alcance de entendederas, ninguna ventaja. En esa situación y como resultado también de ciertos lazos de confraternidad de épocas pasadas entre la familia de Roberto y mi padrastro, quien conocía a La Gorda Adela desde pequeño, fue que el Monstruo recaló en la intimidad de nuestros días. El problema radicaba en que la condición que quedaba expuesta en este asilo contenía la abierta intención de reformar a Adela, de asesinar a Roberto Willis Billar. De abortar tardíamente el firme desarrollo de un monstruo al que las alas le estaban creciendo de manera inconcebible, nacidas en una solitaria e insospechable libertad cocinada a fuego fuerte que todavía alguien creía posible detener a tiempo. Todo esto en nombre de una humanitaria intervención con ciertas nociones de caridad y la esperanza de redención que alejara la monstruosidad que poseía a La Roberto, camino que ya habían resignado transitar prácticamente todos sus allegados. Yo creo que Roberto no sospechó en un principio estas intenciones, de tan abstraído en sus ensueños que estaba por esos días, proyectando un futuro de masculinidad desbordante y reconocible a primera vista, cosa que todavía solo habitaba su mente en solitaria fantasía viva. Y habrá abrazado con emoción y esperanza el hecho de que alguien en el mundo le brinde cobijo (y también alimento), tal vez interpretando esto como un trampolín desde el cual realizar sus deseos, lejos del rechazo conocido hasta allí.

La estadía fue relativamente corta, o eso creo recordar. Una escena

que puede estar conformada por varios retazos de una imagen repetida, es la de la cena en familia, en donde una mesa redonda no impedía, por falta de cabecera, que se recorte definitivamente el sitio del jefe familiar, como era costumbre en el grueso de las familias patriarcales de la época. Roberto se sentaba a mi lado, flanqueado por mi hermano menor y más allá mi mamá, quedando enfrentado con mi padrastro. Este se dedicaba en esos momentos casi únicos de encuentro familiar a confrontar provocativamente a Roberto, en pleno ejercicio de su terapia grotesca de reconversión. La magnificencia de Roberto para soportar y rebatir los embates de este tipejo era fascinante. La tozudez de uno y otro en sus argumentos tornaban antológicas y a la vez opresivas esas mesas familiares.

— ¿Cómo decís que es tu nombre, Gorda? —empezaba mi padrastro.

—Roberto. Roberto Willis Billar. —contestaba Roberto con mirada desafiante.

— ¡Ja, ja, ja! No me hagas reír, Gorda.

—Me voy a poner un pito. \*\*

— ¿Y para qué te va a servir, Gorda? ¿Para mear? Porque no se te va a parar, vas a tener un colgajo nomás.

—No me importa, voy a tener un pito. Un pito grande. Vos qué sabés. Me lo van poner, vas a ver.

—Estás loca, Gorda, eso no existe. Y dejá de joder con eso, que le llenás la cabeza a los chicos.

—Vos me preguntás todo el tiempo.

—Bueno, ya está, cerrá el culo porque si no te vas a tener que ir de acá, si no te comportás.

—Qué me importa...

—Basta, Adela, te digo en serio.

Un recuerdo algo difuso me sugiere que podría verse esta conversación coronada por un amague de mi padrastro de levantarse con violencia, casi seguro prometiendo una patada en el culo, según su costumbre. Veo a Roberto abandonando su lugar con una mezcla de velocidad y agilidad, dando por terminada su participación en la cena, sea que la hubiese terminado o no. Lo veo aceptando, más tarde, algunas reglas con resignación, atento a la conveniencia, seguramente, de no pasar la noche a la intemperie. No sería más que una de las cosas que Roberto tuvo que aceptar en su desventajosa condición, y de ninguna manera la peor. En sus cortos e intensos años había padecido violaciones (incluso dentro de su seno familiar), golpizas, abandono, escarnios de todo tipo; un incontable derrotero de abusos. Darle la razón (pero permitirse la discusión), a regañadientes y solo por el momento, a este risueño torturador psicológico, era lo más parecido a sentirse un poco a salvo, casi podría decirse contenido, casi podría decirse, aunque esto ya era mucho quizás, algo así como querido.

Una de las evocaciones que emergen con claridad viene de nuestros “mandados” al almacén, tarea que me resultaba irresistible, ya que nos daba la posibilidad de internarnos en conversaciones de lo más reveladoras sobre la excepcionalidad de Roberto. En esas idas y vueltas haciendo las compras, Roberto me hablaba de cómo se las arreglaría para adecuar su vida futura a su verdadera condición, que de momento se disfrazaba de otra cosa, y de la irreductible convicción de no dejarse convencer por lo que los demás querían hacer de él, y yo escuchaba sus complejas y divagantes



conexiones; me contaba de contactos que poseía no sé en dónde para que por fin le pusieran el tan ansiado pito.

—Cuando me pongan un pito nadie me va a molestar... —decía a veces, con seguridad.

— ¿Por qué? —preguntaba yo, muy interesado en el tema.

—Porque un pito me va a hacer más fuerte, y me van a tener miedo. —contestaba Roberto inflando el pecho con la barbilla en alto.

—Pero ya sos fuerte; si los cagás a palos a todos —decía yo sorprendido.

—Pero fuerte de verdad. Y aparte voy a tener una novia. Ya sé cuál. —siempre que me decía esto último lo hacía en voz baja, y a mí me parecía que iba a revelarme su secreto, pero nunca lo hacía.

— ¿Y? ¿Por qué no me decís quién es? —preguntaba yo, contagiado de su susurro, después de esa pausa infinita.

—No puedo. No le puedo decir a nadie, si alguien se entera me matan...

—me contestaba invariablemente, y cambiaba rápido de tema, pasando a relatarle sus problemas más inmediatos relacionados con su plan, como la obtención de recursos (viajes, dinero y otras yerbas).

— ¡Pero yo soy tu amigo y no le voy a decir a nadie! —protestaba yo, enojado.

—Ya sé, pero sos muy chiquito y te pueden hacer cantar. No quiero que te pase nada —cerraba Roberto, tocándome la cabeza con aires de protector, algo que a mí no me gustaba mucho que digamos. Pero nunca me pareció que exagerara; el mundo era un lugar que ya nos había revelado su maldad y todo parecía posible.

Recuerdo continuar esas charlas en la penumbra de la pieza, de cama a cama en la cucheta, vaya a saberse por qué carriles ingenuos y fantasiosos

pero que eran trazados en susurros temerosos de ser escuchados, sintiendo la deliciosa sensación de nuestros secretos, que contenían la suficiente pólvora para hacer volar por los aires la permanencia de Roberto en casa, cosa que finalmente estaba destinada a suceder; pero en esos momentos nos sentíamos protegidos por la quietud de la noche, amparados por la certeza de que los verdaderos monstruos de esta historia estaban durmiendo en otro planeta, perdiéndose en algún mundo lejano que los tragaba a todos, y nos dejaba (la causa la sentí siempre como propia) en paz con nuestros planes.

*\*La distancia que existe entre aquél niño que fui y este narrador de hoy, es insalvable; en el ejercicio del recuerdo hay conclusiones tardías, apreciaciones nacidas del pragmatismo que se esconde en la distancia, reflexiones que podrían modificar algunos asuntos, encapsulados en la burbuja de un niño de seis o siete años. No obstante, con sus defectos y riesgos, no hay otra posibilidad que esta suerte de regresión, de inmersión en aquellos mundos extraviados, en Paraísos e Infernos Perdidos, para contarles sobre mi amistad con el monstruo. Porque creo que se merece la evocación. En realidad hay otras razones, pero esa es la más importante, aunque pueda tornarse absurda por la sencilla razón de que mi amigo está muerto hace muchos años, así que esas otras razones, para nada menores, terminan siendo los verdaderos motivos de esta historia, y confío en que no quedarán ocultas por mucho tiempo.*

*\*\*Casi veinte años después tuve la increíble ocasión de ver a Roberto, a través de la pantalla de la TV, como invitado en un popular programa en donde contaba, con sus transparentes ojos azules y asentado en su suave pero tupida barba, que estaba muy cerca de cumplir su anhelo vital, siendo acompañado y apadrinado nada más ni nada menos que por la legendaria Mariela Muñoz (1), primera persona en conseguir el cambio de género en Argentina, y referente ineludible del movimiento transgénero en el*

*país. Roberto murió poco tiempo después, a la edad de 33 años.*

*(1) Mariela Muñoz (24 de diciembre de 1943 - 5 de mayo de 2017) fue una activista y política argentina por los derechos de las personas transgénero. Crió veintitrés hijos a lo largo de su vida. En 1997, se convirtió en la primera mujer trans en ser reconocida oficialmente por el gobierno argentino..*

---

Sobre el autor de Mi amigo monstruo  
(otra historia real)\*

---

*[...] en esos momentos nos sentíamos protegidos por la quietud de la noche, amparados por la certeza de que los verdaderos monstruos de esta historia estaban durmiendo en otro planeta [...]*

Mi infancia transcurrió de manera nómade, fragmentada, sufrida y colorida, al ritmo de mudanzas junto a mi fallecida mamá, separada de mi papá a mis tres años. Me defino marplatense, el lugar donde pasé la mayor parte de mi vida y viven la mayoría de mis afectos y amistades. Nací en 1978, en dictadura. La vuelta a la democracia tiñó mis primeros años, y el horror que la precedía era un perfume que estaba en el aire. De mi relato diré que parte de un hecho real, y que intenté una suerte de justicia poética que rescate esa historia del olvido. La mirada de aquél niño que quizá todavía soy fue vehículo para ello.

Respecto a mi formación, escapa de casi toda educación formal, no tengo estudios oficiales y mi pasión desbordante por la lectura, mi eterno y curioso andar callejero y la audacia de intentar contar algo son mis herramientas. Espero haber hecho mi aporte para que las luchas, sufrimientos y búsqueda de libertades, no se pierdan entre la frialdad y las injusticias del mundo.





Mención

# La hora ausente

*Horacio Martín Rodio*



A Fernando lo recuerdo desde cuando cruzaba frente a mi casa, los sábados por la tarde, junto con su hermana Mabel hacia las clases de catecismo. Mabel tenía unos ojos muy grandes que le iluminaban la cara y dos pocitos muy graciosos en las mejillas; pero pronto supe que ese camino lo elegía ella para pasar por delante de la casa de Ricardo que era un insignificante con plata. Sin embargo, algunos chicos de mi edad creyeron que el motivo era yo; a mi ego le caía bien ese error y los dejé creer en él.

Mabel era un año mayor que nosotros, pero íbamos los tres al mismo grado del primario. Ella y Fernando no eran del barrio, alquilaban a la vuelta de la casa de Ricardo; ella, en unas de esas mudanzas perdió un año y Fernando la alcanzó. Aunque la madre de Ricardo sostenía que el año lo perdió por buscona, quizás por el rechazo que le provocaba verla revoloteando siempre, con la insistencia de una mosca, alrededor de su hijo. Ella era bastante mala alumna y puede ser que la mujer tuviera razón, pero a mí me gustaban bastante las chicas malas.

Fernando, por el contrario, era muy parejo en todo y si nunca fue abanderado se debió a su carácter taciturno y al hecho triste de que, en aquel momento, además del promedio, para llevar la bandera se necesitaba el voto de los compañeros. Un hecho insoslayable contribuía a hacerlo impopular, después de la reforma de la señorita Ethel de cuarto grado lo sentaron en la primera fila de bancos, y ese, era el lugar de las mujeres. La señorita Ethel detestaba a los varones, decía que éramos: elementales, sucios, violentos y haraganes. Todo lo contrario de la señorita Celia, la de tercero, que sentó a todas las nenas en la columna de la ventana y les dio clases de espaldas el año entero; nunca lo dijo, pero era claro que la señorita Celia pensaba que

A Fernando lo recuerdo desde cuando cruzaba frente a mi casa, los sábados por la tarde, junto con su hermana Mabel hacia las clases de catecismo. Mabel tenía unos ojos muy grandes que le iluminaban la cara y dos pocitos muy graciosos en las mejillas; pero pronto supe que ese camino lo elegía ella para pasar por delante de la casa de Ricardo que era un insignificante con plata. Sin embargo, algunos chicos de mi edad creyeron que el motivo era yo; a mí ego le caía bien ese error y los dejé creer en él.

Mabel era un año mayor que nosotros, pero íbamos los tres al mismo grado del primario. Ella y Fernando no eran del barrio, alquilaban a la vuelta de la casa de Ricardo; ella, en unas de esas mudanzas perdió un año y Fernando la alcanzó. Aunque la madre de Ricardo sostenía que el año lo perdió por buscona, quizás por el rechazo que le provocaba verla revoloteando siempre, con la insistencia de una mosca, alrededor de su hijo. Ella era bastante mala alumna y puede ser que la mujer tuviera razón, pero a mí me gustaban bastante las chicas malas.

Fernando, por el contrario, era muy parejo en todo y si nunca fue abanderado se debió a su carácter taciturno y al hecho triste de que, en aquel momento, además del promedio, para llevar la bandera se necesitaba el voto de los compañeros. Un hecho insoslayable contribuía a hacerlo impopular, después de la reforma de la señorita Ethel de cuarto grado lo sentaron en la primera fila de bancos, y ese, era el lugar de las mujeres. La señorita Ethel detestaba a los varones, decía que éramos: elementales, sucios, violentos y haraganes. Todo lo contrario de la señorita Celia, la de tercero, que sentó a todas las nenas en la columna de la ventana y les dio clases de espaldas el año entero; nunca lo dijo, pero era claro que la señorita Celia pensaba que

era inútil educar a las mujeres ya que todas ellas terminarían amas de casa.

Sin embargo, a la señorita Ethel le agradaban las chicas y tenía sentido estético, las sentó a las diecinueve en los primeros bancos de las cinco filas del aula, Fernando ocupó el lugar que faltaba entre ellas para hacer la cifra par. Todos los chicos fuimos a parar atrás, lo justificó en el hecho de que, los varones, arruinábamos el salón y eso la entristecía. Las chicas estaban siempre bien peinadas, limpias, y con las tablas del guardapolvo planchadas, aún los viernes; y el único lío del que siempre eran capaces era charlar sin pausas en medio de risitas tontas, casi nada, comparado con nuestros desmanes. Lo cierto es que ninguno de los varones, ni siquiera los enanos, queríamos estar sentados adelante ya que ese era el lugar de los alcahuetes.

María Isabel se sentaba en el segundo banco, de la segunda fila, a mi izquierda, pasillo por medio, y casi al final del aula, me sentaba yo; todos los lumpen del grado estaban a mi espalda, y eso me dio no pocos disgustos. Había elegido ese lugar y lo sostuve con denuedo en aras de un único objetivo, “adonde uno va a estar mucho tiempo hay que asegurarse una buena vista”, me había dicho mi padre, y María Isabel, era el mejor paisaje en ese salón. Fernando se sentaba con ella y muchas veces al mirarla me encontraba con sus ojos de gato esperando por mí. Él la codeaba y terminaban sonriendo los dos, pero con el tiempo dejó de hacerlo para empezar a sostener mi fastidio con sus ojos pegajosos.

Un día, al volver del recreo, lo encontré hojeando mi cuaderno al costado de mi banco, mi única preocupación al verlo, sin importar qué hacía, fue que se marchara rápido, antes de que entraran los del fondo;

tanto que, cuando me habló: “Dibujás muy bien”, y debió repetirlo dos veces para que le contestara: “Hago lo que puedo”, bastante molesto; yo era consciente, como todos, que él lo hacía mejor. Era el encargado, junto con Leticia, de ilustrar el pizarrón de la galería con motivos del Billiken en las fiestas patrias.

- ¿Puedo pasar por tu casa esta tarde para hablar de mi compañera de banco?

Sólo atiné a encoger los hombros y él debe haber creído que era un sí, a mí lo único que me importaba era ahuyentarlo antes de que volvieran Alfredo, Miguel y Perrino; pero esa tarde se apareció en mi casa. Yo me encontraba en el dilema de escribir las cien veces “no debo hablar en clases”. Él me preguntó si quería ayuda, le contesté que no, que la señorita Ethel sabía muy bien cómo era mi letra y qué, de todas formas, no las iba a escribir.

- Eso fue injusto, yo estaba mirando y vos no fuiste.

Hablaba remarcando algunas palabras y estirando las letras ese finales en forma ridícula.

- Qué raro vos, mirando para atrás, le contesté.

- Igual que vos mirando hacia adelante, ¿lástima no?, que mirás siempre a alguien a quien no le interesas nada.

Hice un silencio denso, la verdad, me había tocado en un lugar incómodo.

- Porque vos, estás sentado en un lugar muy feo, la señorita Ethel no ve bien y revolea las “cien veces no debo” a lo pavo por ese sitio.

La señorita Ethel padecía estrabismo, tenía un carácter agrio, era gritona, nerviosa e impaciente, y más de una vez, había venido con lentes negros ocultando moretones en los ojos. Pero los problemas

conmigo eran repetidos: ella me achacaba mi muy mal juicio para elegir las amistades y de no poner voluntad; siempre quiso cambiarme de lugar en el aula y yo lo resistía con el empeño de un cruzado.

En eso estábamos, cuando para completar la desgracia de mi día, llegó Alfredo, venía a buscarme para el partido de la siesta, antes de que llegaran los muchachos más grandes y se adueñaran de la cancha. Fue entrar a mí casa para traer la pelota y darme cuenta de que Alfredo ya había empezado a agredir a Fernando sin preguntarle a qué venía. Me puse en el medio con todo el cálculo posible y le dije a Fernando: “Bueno, nos vemos mañana. Nosotros a esta hora vamos a patear un rato”.

- ¿Puedo ir con ustedes?

En ese momento, entendí a Pilatos: “¿Qué querés que haga, hermano? Si a vos te gusta hacerte golpear”, pensé, mientras salía disparado hacia la cancha, con la esperanza que Fernando no nos siguiera.

Cuando se armaron los equipos ninguno lo eligió y por piedad o por incomodidad, le dije: “patea para allá”, asumiendo que era de los míos. Fue entonces que Alfredo se pasó al lado contrario y comenzó a atenderlo mal, a lo bestia, con pelota y sin ella. Para nuestra sorpresa era aguantador y muy veloz, pero era evidente que no tenía la menor idea, la primera patada que le acertó a la pelota se recalcó el pie y se tiró al piso a masajearse, sentado con las rodillas juntas.

Alfredo era un mal tipo, él y el polaco Miguel, juntaban seguidores más por temor que por afinidad; entonces, cuando lo vio casi llorando comenzó a pegarle patadas en la pierna buena. Yo empecé a sentir una extraña culpa y quise ayudarlo tratando de que no lo golpeará más,

pero me ligué el rebote. Entonces Miguel salió en mi defensa gracias a las ganas que tenía de dirimir quién era el más malo con Alfredo. Habían tenido varias trezadas donde se dieron de lo lindo, pero ninguno logró prevalecer, esta era otra oportunidad para dejar que se mataran. Pero nunca falta un idiota y Perrino, que seguramente no era un mal tipo, o al menos no tan malo como los otros dos, se vino con una salida perversa; pero salida al fin: “Acá a los llorones los ponemos en pelotas”, le dijo a Fernando, mientras lo tomaba de una mano para levantarlo.

Creo que no lo hacía de perverso, es que esa era la triste costumbre que tenía el padre de los Perrino para disciplinar a sus tres hijos. Los desnudaba completamente y los sacaba al jardín cerrando la puerta de calle y los chicos quedaban expuestos a la vista del vecindario, hasta que alguno de los hermanos se animaba y le permitía ingresar o le tiraban algo de ropa por una ventana.

Para Alfredo, fue escucharlo y poner manos a la obra, ayudado por Miguel y, antes de que pudiéramos reaccionar, Fernando acabó completamente desnudo ante mi incomodidad. No atinó a defenderse ni opuso resistencia y, a pesar de lo bestias que podían ser Alfredo y Miguel juntos, era bien claro que a ninguno de nosotros nos hubieran desnudado así de fácil ellos dos solos.

La visión del pálido cuerpo de Fernando nos causó una mezcla de vergüenza y atracción inexplicable: era muy delgado y tenía los huesos de las caderas y las rodillas muy grandes, los hombros angostos y altos como las chicas. Se paraba siempre sobre una pierna con la otra rodilla flexionada y eso, acentuaba una terrible sensación de fragilidad y ternura a la vez. Todos sabíamos que lo que hacíamos

estaba muy mal, pero no podíamos dejar de mirarlo: tenía una belleza extraña, como si fuera inducida, parecida a la de las chicas que se saben poco agraciadas, pero se esmeran tanto que al final te convencen. Además, no atinaba a nada, se tapaba cruzando los brazos y dejaba expuestas las partes del cuerpo que importaban. Por fin, Héctor y yo, logramos vencer la fascinación incómoda en que nos encontrábamos y lo cubrimos para llevarlo a otro lugar y alejarlo de Alfredo y Miguel que habían empezado a manosearlo, y a pegarle cachetadas primero y trompadas después. Muchas, demasiadas, hasta que lograron hacerlo llorar.

Mientras lo ayudamos a vestirse pude ver que ya se le empezaban a hacer unos moretones feos en la espalda, no paraba de llorar y para calmarlo lo abrazamos, me tiró la cabeza en el hombro y me mojó la cara con sus lágrimas. Yo dudaba entre sacarlo de encima, por la incomodidad que me provocaba, o consolarlo; al final, pudo más la culpa que sentía por no haberlo corrido a tiempo. Lo llevamos a mi casa y a escondidas se lavó la cara y se peinó con mucha lentitud.

- Deberías regresar a tu casa y no volver más por acá. Este lugar no es para vos, le dije por decir, sin saber por qué ni cuál sería el lugar correcto ni por qué este no lo era.

Al otro día la señorita Ethel me pidió las benditas “cien veces no debo”.

- No las hice, contesté.

- ¿Por qué no, alumno?

- Porque usted no ve bien.

-Traiga el cuaderno.

Se me pudrió la momia. Ahí fue que me encajó la nota a mi vieja diciéndome que, si ella no se presentaba conmigo, yo no

entraba a la escuela. Volví a mi asiento como un duque, con aires de perdonavidas; pero la verdad es que estaba en un enredo padre. El problema era mi madre, si algo me paraliza desde siempre, es hacer el ridículo, y si en el mundo había un modo de avergonzarme, ése, era mi madre: desmesurada, y aún más gritona que la señorita Ethel. Se me avecinaba una catástrofe que quedaría en los anales del oprobio. Debería partir a otro colegio, o morirme, o pedirle a la tía Hilda que se hiciera pasar por mi madre; pero eso, estaba destinado al fracaso, acabaría muerta de risa como siempre.

Esa tarde, cuando ya me aprestaba a arrancar la hoja del cuaderno para siempre, se apareció otra vez en mi casa Fernando. Yo les había prestado la pelota a los pibes sin ir con ellos por el problema en que me hallaba; pero habían venido dos veces a buscarme. Me dio miedo de que me encontraran de nuevo con él, y se me ocurrió llevarlo a caminar a la quinta de enfrente que tenía una arboleda hermosa y un cerco perimetral de cañas que ocultaba la cancha. Pero la suerte me era notoriamente adversa en esos tiempos ya que no bien atravesamos las cañas advertí que estaban todos debajo de la enorme morera, saciados de la panzada que se habían dado, con las manos azules del festín. De no ser porque me hubiera quedado sin amigos, habría agarrado a Fernando de la mano y me lo hubiera llevado corriendo, pero era tarde, el infeliz, en vez de irse por su cuenta se pegó a mí, como si estuviera contento de que nos vieran juntos. Cuando estuvimos rodeados se le prendió la lámpara.

- Si me dan tiempo a esconderme no me encuentran más.

Nosotros vivíamos ahí, esa quinta abandonada era como nuestra casa, no tenía forma de lograrlo, salvo que fuera hacia la casa de los cuidadores; Alfredo quería hacerle trampa y comenzó a seguirlo, la impaciencia por golpearlo le quitaba el poco honor que poseía.



- Dale una oportunidad, maricón -, esas fueron las palabras exactas que dije para detenerlo, también para arrojarme encima una segura y ominosa venganza. Pero Fernando logró ocultarse, yo rogaba que desapareciera y a cada instante que pasaba soñaba haberme librado del problema. Pero casi a la hora, cuando estos animales empezaban a calmarse, el imbécil, desilusionado, porque ya no lo buscaban, se mostró lo más campante, como si ya nada lo amenazara. Vuelta a desnudarlo, tirarlo al piso y sacudirlo a piñas y patadas, y esta vez, además, lo escupieron y orinaron. Lo miré a Héctor buscando ayuda, pero abrió las manos en una clara señal de: “te lo dejo a cargo, es tu amigo”.

Tuve que traer de mi casa a escondidas dos botellas de agua y una toalla vieja, lo ayudé a limpiarse, a secarse, a vestirse, y, yendo por dentro de la quinta, que era enorme, lo acompañé lo más cerca que pude hasta la salida más cercana a su casa. Estaba muy golpeado y le costaba caminar, me quedé con él como dos horas esperando a que dejara de llorar, los dos sentados en un tronco. Cuando él comenzaba con el llanto yo lo abrazaba, pero me ponía nervioso tocarlo y tenerlo tan cerca; todo era muy incómodo y vergonzoso, aunque, a la vez, no tenía ánimo para evitarlo.

Al otro día no pude entrar, no hubo caso, cuando ya me volvía, la bizca me detuvo y acabé en la dirección de la escuela cuatro horas; al salir, me acompañó el portero hasta mi casa, con una nota para mi

vieja.

- Yo no hice nada, podés preguntar; pero si vas a hablar con esa loca, yo al colegio no vuelvo más. Ese fue mi argumento de toda la tarde, no dije otra palabra. Hasta que apareció Fernando en la puerta de mi casa. Sacado le impotencia le dije: “Mandáte a mudar de una vez. ¿No ves los problemas en que estoy metido como para cuidar de vos?”. Justo cuando desde las cañas ya salían los primates que lo llamaban; para colmo, mi vieja me agarró de los pelos y me metió adentro a la rastra: “El señor de acá no sale hasta que aclare este entuerto”. Me tuve que escapar por la ventana, justo a tiempo para impedir el linchamiento.

- Déjenlo esconderse al menos -. Eso fue lo único que se me ocurrió como ayuda. Alfredo sonrió complacido, ya le debía dos. No sé cómo lo hizo, pero en el mismo sitio y de la misma manera logró desaparecer otra hora entera. El asunto se me ponía feo, la víctima iba a ser yo. Para colmo, mi vieja, con la telenovela, no era capaz de darse cuenta de mi ausencia; Miguel, hasta ese momento prescindente de mi destino, me empezaba a mirar como Alfredo. Yo me senté a esperar debajo de la morera y enseguida algo me cayó encima, miré hacia arriba y estaba ahí, observando muy divertido. Me hice el tonto, Miguel y Alfredo me seguían de cerca, cada vez más cerca. Mi madre era una imbécil, con mis antecedentes ¿cómo no se daba cuenta que me había escapado?, ¿qué estaba esperando para llamarme? Me fui haciendo el distraído, pero, cada paso que yo daba para alejarme, ellos se acercaban acortando la distancia; entonces ocurrió lo que nunca dejaré de lamentar, descubrí que les tenía miedo. Una cosa era saber sobrellevarlos y otra, tenerlos de enemigos. Entonces la miseria surgió espontánea y dije como al pasar: “Hoy no hay pájaros”. Era verdad, los gorriones eran tan

confianzudos que nuestra presencia no les impedía depredar las moras. Fue un pase tan preciso que Alfredo la tomó de aire y lo siguieron todos hacia la morera, pero esta vez Fernando estaba bien acomodado, y es muy difícil pegarle desde abajo a alguien que puede defenderse desde arriba. A Perrino le partió el labio contra sus propios dientes de puntin, a Alfredo lo bajó de otra patada en la cara, le sangraba la nariz al levantarse. Por fin, lograron agarrarlo de una pierna, comenzaron a forcejear y Fernando, sufrió de golpe un estremecimiento, se sacudió como un poseído por la cintura, abrazado al tronco del árbol, la cara se le deformó en una extraña mueca de dolor y placer a la vez, acompañada de un quejido agónico. Consiguió soltarse por la sorpresa que causó el espectáculo, pero en vez de subir, descendió para alcanzarles la pierna y que se la tomen de nuevo, luego de otro forcejeo bastante más prolongado volvió a sufrir el mismo ataque; pero entonces no pudo sostenerse y se vinieron todos juntos al piso.

En esta ocasión prescindieron de la burla y la perversidad; fueron sádicos. Lo patearon a mansalva en la espalda, la cabeza, la cara, los testículos y el estómago; sentí un ruido a algo roto y me tiré encima de él: pidiendo, rogando, llorando. Entonces me tocó el turno a mí, pero ya estaban cansados, Perrino no participó y Héctor ayudó a calmarlos. Cuando se fueron noté que Alfredo me había dado vuelta dos dedos de la mano izquierda de una patada, Fernando debajo mío no respiraba bien, tenía la nariz rota y le salió un vómito de sangre que lo desmayó; yo me asusté tanto que lo abandoné y me fui a esconder a mi casa.

Al rato, una hora más o menos, vino Mabel buscándolo, me llamó y le dije que no sabía nada, pero la culpa me torturaba y cuando se marchó, fui de nuevo hacia el sitio en que lo dejé con la secreta

esperanza de que no estuviera más. Me encontré al perro de los caseros de la quinta ladrando a su lado, el cuidador y yo llegamos juntos, lo toqué y me sorprendió lo frío que estaba, habían levantado su remera en la espalda intentando desnudarlo, también tenía los pantalones bajos y yo no lo había dejado así. Era evidente que alguien volvió después que yo me desentendí de él por cobarde. Lo llevaron los bomberos y terminamos todos en la comisaría, nos soltaron luego de comprobar que Miguel, que era el mayor, sólo tenía doce años y aún era inmaduro, no obstante, lo internaron en un reformatorio, porque Fernando tenía la marca de los tapones de sus botines Sacachispas en todo el cuerpo. A Alfredo, la familia lo mandó a Corrientes, y Perrino fue cambiado de colegio. De forma imprevista, el borracho de la esquina terminó preso por ese hecho y nunca nadie nos explicó el motivo, parece ser que encontraron manchas de moras en toda su ropa.

Fernando se salvó de milagro luego de estar mucho tiempo internado, pero casi pierde un riñón y le quedó la cara deformada en la mandíbula, después que salió del hospital toda su familia volvió a mudarse y ya no lo vimos más. Mi madre fue a la escuela y le dijo a la maestra que yo era un buen chico, pero andaba en malas compañías. Entonces, la señorita Ethel, me corrió de apuro y me hizo sentar en el lugar de Fernando, al lado de María Isabel, y descubrí que él me había mentido cuando dijo que yo no le interesaba.

Desde ese día fui más bueno que una malva y más aplicado que un perdedor, tanto que, en séptimo, me cargué la banda de escolta de la bandera de ceremonias y la bizca casi se atragantó; era la primera vez que la llevaba un varón a la bandera después de siete años. Pero a tan temprana edad entendí que no hay felicidad duradera, que tarde o temprano te alcanza la verdad y que la muy desalmada se acomoda

a vivir en un pequeño rincón de la conciencia, y que, además, es invulnerable al olvido. Porque un día se me rompió el forro del cuaderno y descubrí que adentro tenía un papel doblado, era una carta de amor y no era la letra de María Isabel. Entonces, recordé las palabras de la madre de Fernando cuando, en la comisaría, me buscó entre todos y me descerrajó en la cara: “Tenías que ser vos, tan luego vos, hacerle esto a mi hijo”.

Yo, sí, yo. Yo fui la causa de la tremenda violencia que sufrió. Del mundo brutal al que se asomó, por un sentimiento que, entonces, yo ni siquiera estaba en condiciones de entender. Al menos eso es lo que se deduce de la carta.



*Un día, al volver del recreo, lo encontré hojeando mi cuaderno al costado de mi banco, mi única preocupación al verlo, sin importar qué hacía, fue que se marchara rápido, antes de que entraran los del fondo [...]*

Nací en Llavallol en 1954, en ese entonces mi barrio periférico aún del centro de Llavallol, era un lugar semi rural. Fui un chico solitario, no tuve contacto con otros chicos hasta la escuela primaria, toda mi infancia la viví en contacto con animales, hasta ovejas y caballo teníamos. El que convive con animales sabe que son incapaces de ser crueles deliberadamente y que la confianza, la piedad, y el respeto son cruciales para ellos. En séptimo grado llegué a la pubertad y, con ella, al despertar sexual. En ese contexto fue asombroso para mí comprobar el grado de desprecio, hostilidad y violencia de mis amigos varones hacia un chico “diferente” como el protagonista del cuento. Recuerdo que, sin compartir esas preferencias, y sabiendo que yo era el sujeto de su elección, esa relación de amistad algo incómoda y que yo la vivía confundido, aunque siempre de manera respetuosa y amable, provocaba en los demás chicos un rechazo que me alcanzaba de manera lateral. Todo se reducía a que en la persona en la cual yo veía un ser humano distinto, ellos mis compañeros, veían un monstruo que había que exterminar.

Nací en el seno de una familia librera de Lanús. Tuve la suerte de crecer rodeada de libros copiando sus ilustraciones y participando de las ferias de libros con autores que mis padres llevaban a distintos colegios de la zona.

En la adolescencia comencé a trabajar creando logotipos de manera autodidacta, hasta que entré en la carrera de Diseño gráfico en la U.B.A. de la cual egresé en 1998.

Cuando conseguí trabajar para editoriales como Estrada o Puerto de Palos recordé mi pasión por la ilustración, entonces comencé a formarme en una escuela que se llamaba Sotano Blanco con profesoras muy buenas que hoy editan libros infantiles ilustrados en todo el mundo.

Hace más de una década me formé como docente y doy clases en escuelas secundarias y de adultos y en la Licenciatura de Diseño y Comunicación de la Universidad Nacional de Lanús. Comprometida con el rol social del diseño doy talleres sobre oficio gráfico y editorial en espacios feministas, cooperativas, y en mi propio espacio que cree en una antigua imprenta recuperada.

Disfruto muchísimo ilustrar para infancias porque vuelvo a sentirme esa niña que dibujaba rodeada de libros entre las estanterías de la librería.

Reconocimiento María Elena Walsh: Primeros Lectores © 2025  
por Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades de la Presidencia  
del Senado de la Provincia de Buenos Aires tiene licencia Creative  
Commons Atribución-No Comercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.  
Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>





**¡Si te gustó el contenido de estos  
cuentos podés descargarlos de  
nuestra web y seguir disfrutándolos!**

[generos.senado-ba.gov.ar](http://generos.senado-ba.gov.ar)

Instagram [@senadogeneros](https://www.instagram.com/senadogeneros)